



CARMEN DOLORES HERNÁNDEZ  
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

## «LA FAMILIA FARALLÓN»: LAS SORPRESAS DE UN MANUSCRITO ENCONTRADO

**Resumen:** El hallazgo del manuscrito original de Bernardo Vega titulado «La familia Farallón», que –editado extensamente por César Andreu Iglesias– se publicó como *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York* (1977) arroja nueva luz no solo sobre su autor –que se presenta en él seudónimamente como «Bernardo Farallón» –sino también sobre la temprana comunidad puertorriqueña asentada en la ciudad de Nueva York a partir del siglo XIX. El manuscrito, que incluye pasajes de ficción, históricos y biográficos, constituye un texto fundacional de la literatura puertorriqueña de los Estados Unidos no solo por su contenido, sino también por su forma híbrida, su escritura de estilo coloquial, su valor testimonial y su insistencia en resaltar la unidad de una comunidad desplazada.

**Palabras clave:** Bernardo Vega, literatura puertorriqueña, diáspora puertorriqueña, migración, Nueva York

**Abstract:** The discovery of the original manuscript by Bernardo Vega entitled «La familia Farallón», which – edited extensively by César Andreu Iglesias– was

published as *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York* (1977) throws new light not only on its author –which is presented in it pseudonymously as «Bernardo Farallón»– but also about the early Puerto Rican community settled in New York City from the 19th century. The manuscript which includes fictional, historical and biographical passages is a founding text of Puerto Rican literature in the United States not only for its content, but also for its hybrid form, its colloquial writing, its testimonial value and its insistence on highlighting the unity of a displaced community

**Keywords:** Bernardo Vega, Puerto Rican literature, Puerto Rican diaspora, migration, New York

Fecha de recepción: 12 de enero de 2023

Fecha de aceptación: 10 de febrero de 2023

Nuestra emigración, pues, no fue de bestias obedientes al látigo del domador. Fue de hombres con aspiraciones, cultos y plenos de inquietudes por el bienestar propio y de la humanidad.

Bernardo Vega, *La familia Farallón*, cartapacio no. 1, no. de documento 1, documento nc. 2, VII.

**E**n 1977, cuando se publicó *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*, el libro se recibió como una fuente documental importantísima para conocer la vida de los emigrantes puertorriqueños a esa ciudad desde fines del siglo XIX hasta principios del XX. Daba cuenta su autor de circunstancias importantes del devenir de la comunidad, sus acti-

vidades y asociaciones, sus filiaciones políticas, sus intereses cívicos y sus clubes sociales, además de sus interacciones con los otros grupos nacionales y étnicos con los que convivía. A través del escrito se perfiló una comunidad de clase obrera cuyos números aumentaban a la par que sus esfuerzos por unirse en un grupo capaz de ejercer influencia sobre un entorno a veces hostil.

Su autor, Bernardo Vega, era un tabaquero cayeyano nacido en 1885 que había emigrado a Nueva York en 1916, encontrando allí penurias y problemas. Encontró también una comunidad establecida de sus compatriotas. Asumiendo las condiciones de su vida de obrero en las fábricas de tabaco, se incorporó al gremio de los trabajadores y —habiendo sido líder sindical en Puerto Rico— tomó parte activa en las organizaciones obreras que existían a la vez que promovió nuevas agrupaciones, intentando siempre que se reconociera al sector como uno activo y progresista. En Nueva York, Vega colaboró en publicaciones periódicas como *Nuevo Mundo*, *La Prensa* y *Liberación*. En 1928 compró el semanario *Gráfico* (1927-1931), fundado por tabaqueros, del que fue presidente y editor. *Gráfico* fue órgano importante de información y opinión para los hispanos de la ciudad (cit. en Caamaño Dones).

A lo largo de su vida en el Norte se mantuvo al tanto de lo que sucedía en la Isla a la par que participaba activamente en la política nacional estadounidense. Regresó brevemente a la Isla en 1947 para asistir al Congreso pro Defensa de los Puertorriqueños y a finales de los cincuenta se estableció en Puerto Rico. Su participación en organizaciones obreras afiliadas al Partido Comunista de Estados Unidos —entre ellas la Sociedad Fraternal Cervantes, cuya sección hispana presidió— además de su membresía en el Partido Comunista Puertorriqueño, llevaron a que fuera investigado

por el Comité de Actividades No-Americanas del Congreso («House Un-American Activities Committee»), que lo citó a una comparecencia en San Juan. En ese mismo año, 1959, fue delegado del Partido Comunista Puertorriqueño a la asamblea constituyente del Movimiento Pro Independencia (MPI), al que perteneció hasta su muerte en San Juan en 1965 (cit. en Caamaño Dones 185-199).

Vega estaba consciente del rol desempeñado por los puertorriqueños en la lucha por la independencia de las Antillas que cubanos y puertorriqueños llevaron a cabo desde Nueva York y lo reflejó en su escrito utilizando como eje del mismo a un personaje ficticio, su tío Antonio Farrallón, que supuestamente había participado en aquellas lides. Reflejó también la historia de los obreros boricuas, con sus organizaciones y actividades. Hacia el final de su vida, le mostró el manuscrito al líder político y activista de causas obreras, César Andreu Iglesias, pidiéndole ayuda para publicarlo.

Andreu apreció su inmenso valor documental, pero no creyó que la forma parcialmente novelada que le había dado el autor, con algunos personajes ficticios y varios cuentos intercalados, fuera la adecuada para contar la historia de los orígenes de la Diáspora puertorriqueña y, sobre todo, de sus luchas obreras en Nueva York, tema que a él le interesaba por su propia condición de líder de ese sector. Le sugirió a Vega que suprimiera pasajes y le diera una forma autobiográfica al manuscrito, convirtiéndolo en unas memorias. El tabaquero se negó a ello.

Tras la muerte de Vega en 1965, sin embargo, Andreu editó el manuscrito a su manera, dejando fuera pasajes importantes, sobre todo varios relativos a los esfuerzos independentistas de cubanos y puertorriqueños en Nueva York a fines del siglo XIX. Le dio, además, una forma autobiográfica y supri-

mió personajes y cuentos que figuraban en el relato. El libro se publicó en 1977, un año después de la muerte de Andreu, con el título de *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*.

A partir de la publicación, desapareció el manuscrito. Muchos intentaron localizarlo sin éxito, ya que no se conocía a ciencia cierta cuáles habían sido los cambios efectuados. Algunos –muy pocos– sabían de su existencia, pero no revelaban su paradero, dando pie a conjeturas sobre la obra. Hasta el 2022, la única versión conocida del escrito, la que consagró el nombre de su autor como cronista de una comunidad en formación, fue la editada por Andreu.

Treinta y cuatro años después de publicadas las *Memorias*, en el 2011, apareció el manuscrito entre los documentos que la familia de Andreu Iglesias legó al Centro de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades de la UPR, recinto de Río Piedras. Un grupo de estudiosos, entre ellos la investigadora Carmen Ana Pont y los historiadores María Dolores Luque y Luis Agraít, logró localizar a los herederos de Bernardo Vega y obtuvo permiso para publicar el manuscrito encontrado. Estudiado por estos profesores, junto con los también historiadores Astrid Cubano y Josué Caamaño, se encuentra ahora al alcance de todos.

El manuscrito le depara varias sorpresas al lector de las *Memorias*. La primera es el título: «La familia Farallón». El nombre alude a una familia mayormente ficticia cuya figura central –Bernardo Farallón, *alter-ego* de Vega– es el hilo conductor del texto. Farrallón es el nombre del barrio del municipio de Cayey donde nació el autor. Al escamotear su propio apellido, utilizando en vez un seudónimo, Vega expresa su afán de rehuir todo personalismo y concentrar en la colectividad, reflejando así la ideología anarquista asimilada durante su juventud, a la que se suscribió durante toda su vida.

Se trata de un texto híbrido, que ofrece un testimonio fehaciente de épocas importantes en la vida de los hispanos —sobre todo de los puertorriqueños— en Estados Unidos, a la vez que el autor intenta hacer gala de sus dotes literarias. Bernardo Vega fue lector en una fábrica de tabacos y se familiarizó con textos importantes, como eran las novelas de Victor Hugo, de Pierre Loti y de Emile Zola. Tuvo amistad, además, con personalidades culturales prominentes de su pueblo, como el escritor Miguel Meléndez Muñoz, el pintor Ramón Frade y el abogado Benigno Fernández García. Era natural, pues, que concibiera ciertas ambiciones literarias que quería poner en juego en su escrito (cit. en Luque 22 y 24). Carmen Ana Pont afirma que Bernardo Vega no concibió su texto como unas memorias, «sino como un híbrido entre la novela histórica, la autobiografía y la crónica de corte modernista» (56). En la «Advertencia a los lectores», subtitulada «Como separar la parte novelesca de la histórica en estas crónicas», Vega dice que

. . . He usado un método de novela para hacer el libro más ameno. Hay muchas personas a quienes no le agrada la prosa seca de las obras de historia. Además, en los tiempos que corremos la gente quiere alejarse de las realidades del momento y para lograrlo, más de una vez, buscan refugio en la lectura de las novelas y de los cuentos.

En las partes en que los hechos de por sí tienen bastante interés humano para mantener la atención de los lectores, he suprimido el estilo novelado, porque me interesa más la historia puertorriqueña que me propongo divulgar, que el crédito como novelista.

Hago saber, para mayor facilidad de entendimiento, que todos menos uno de los miembros de la familia Farrallón son individuos imaginarios . . . La ascendencia de

linaje atribuida a Bernardo Farallón, también pertenece a la novela. El resto de su vida aquí narrada es parte de su biografía verdadera. Las otras personas mencionadas en la obra son figuras de la historia y sus actuaciones están sujetas a la verdad histórica . . . Debo dejar esclarecido también que las actividades de los personajes supuestos se desarrollan a propósito de hechos históricamente ciertos. Los detalles y datos que se citan al narrar los acontecimientos, así lo dan a entender fácilmente (cartapacio no. 1, no. de documento 1, nc. 2, I).

Luego, en «Para que [sic] se escribe esta obra», explica:

He vivido en la ciudad de Nueva York cerca de 40 años. Las ocupaciones a que me he dedicado durante todo ese tiempo me han mantenido en contacto íntimo con la población puertorriqueña que aquí ha residido. Conocí muchos hombres de los que emigraron a estas playas en los días de la dominación española en Puerto Rico. He tenido relaciones con muchos más de los que llegaron en este siglo. Soy parte integrante del numeroso grupo que vino al iniciarse la Primera Guerra Mundial y he tomado parte bastante activa como periodista y dirigente cívico en todas las luchas del conglomerado boricua en su nuevo espacio vital.

Todas estas circunstancias me han convencido que hace falta que se escriba una memoria exacta y honrada acerca de cómo han vivido y qué han hecho nuestros compatriotas en su comunidad adoptiva. (cartapacio no. 1, no. de documento 1, nc. 2, VII)

En cualquier caso, no se trata de un texto pulido, aunque ciertamente parecería que la intención era cuidar su forma lo más posible. De estilo sencillo y coloquial, la organización es fragmentaria. Si bien al principio abunda en datos histó-

ricos (Bernardo Vega señala en el texto que ha añadido una bibliografía final; lamentablemente, esta no ha aparecido), la perspectiva dominante es la de quien escribe, intentando apenas disimular su identidad tras el seudónimo con el que firma su escrito: Bernardo Farallón.

En la supuesta historia personal de su tío Antonio intercala a menudo cuentos como la pequeña y trágica historia de amor de Borinquen, hijo de este, con una joven judía cuya familia no acepta los amores. En otro pasaje narra los ataques que los vecinos hacen a la familia de su tío cuando esta se muda a un edificio de un barrio de blancos. Las ficciones ilustran aspectos de la vida puertorriqueña en Nueva York, en este último caso el prejuicio contra ellos. La narración incorpora tanto a la sociedad que recibió a los boricuas como a estos que, habiendo abandonado su país de origen, se encontraban en tierra no solo extraña, sino frecuentemente hostil. El escrito tiene, pues, una doble vertiente: personal y comunitaria. Su última parte –que recoge los eventos sucedidos tras la muerte del tío Antonio– se organiza a modo de bitácora, enumerando, año por año, hasta 1948, los eventos que genera, padece o afectan a la comunidad boricua en Nueva York.

El tono es reivindicativo: el escrito se proyecta como una explicación y defensa del talante de la comunidad puertorriqueña que ya existía en Nueva York antes de que se iniciara la nueva y masiva inmigración que empezó en los años cuarenta (el manuscrito termina precisamente en esa década). Vega se posiciona frente al posible lector desmintiendo a quienes piensan que «los boricuas no tienen historia» (cartapacio no. 1, no. de documento 1, nc. 2, VII). Escribe para que los recién llegados conozcan la trayectoria de sus compatriotas en una ciudad en la que estos habían estado presentes durante casi cien años, haciendo suyos enclaves como El Barrio.

Detallado, ideológicamente comprometido con la clase trabajadora y el pensamiento socialista, el manuscrito tiene dos partes temáticas definidas: la primera se refiere mayormente a la comunidad antillana que vivía en la ciudad con anterioridad al 1898; la segunda narra lo ocurrido tras ese año, hasta llegar al 1948. En la primera, Vega ofrece una perspectiva amplia de la manera en que se organizó desde Nueva York el esfuerzo bélico de cubanos y puertorriqueños para lograr su independencia de España. La ciudad aparece como un hervidero de grupos, planes y manifiestos; la causa dominaba los entusiasmos. El manuscrito recoge las diferencias de enfoque, sobre todo entre los cubanos, muchos de los cuales —especialmente los pertenecientes a las clases adineradas— favorecían la anexión a Estados Unidos y financiaban invasión tras invasión (fallidas todas) a su isla. Aquí se amplían, desde una perspectiva personal, los datos conocidos sobre los vínculos entre independentistas cubanos y puertorriqueños, sobre el rol de los obreros antillanos (especialmente los tabaqueros) en el esfuerzo bélico y sobre los intentos puertorriqueños de organizar una invasión a su país.

Expone cómo las divisiones entre los cubanos (y entre los antillanos todos) retrasaron la unidad que requería la guerra a pesar de los grupos de apoyo que surgieron entre los obreros y artesanos, llamados clubes patrióticos. La llegada de José Martí a Nueva York en 1880 galvanizó las voluntades y zanjó las divisiones, impulsando la acción conjunta. Fue él quien logró el apoyo general, no solo de los antillanos de medios y los profesionales, sino también de los tabaqueros y otros obreros. Vega alude en el manuscrito a una asamblea política celebrada en 1890 en que los obreros puertorriqueños decidieron unirse a la Liga de Artesanos, que respaldaba el liderato de Martí. Dos años después, en 1892, describe lo que llama la «transfiguración ideológica de José Martí»:

En uno de los actos celebrados en Hardman Hall . . . el Apóstol pronunció un discurso en el cual habló extensamente sobre los ideales y principios que debía encarnar la revolución de Cuba y de Puerto Rico. Habló con atisbos socialistas. Reflejó en sus palabras que se acababa de solucionar un conflicto que hacía tiempo bullía en su mente. Describió en detalle cómo las masas pobres de la emigración se sacrificaban tan galantemente en favor de la Patria; cómo sufrían por el destierro y añoraban su regreso el día que fuera libre. Fue en este acto del Partido, ante una audiencia de obreros y de intelectuales, que su alma noble se desbordó, explicando cómo la futura República tendría que acomodar su economía, dando mayores oportunidades a sus campesinos y obreros, porque ellos habían sido los primeros en responder al grito de libertad . . . (Vega, cartapacio 3, no. de documento 1, nc 3, 120)

La figura de Antonio Farallón, tío ficticio de Bernardo, aparece en la primera parte del manuscrito vinculado de cerca con la lucha independentista y como fuente de gran parte de la información consignada. Según el relato, Antonio había conocido a José Francisco Basora, Ramón Eme-terio Betances, Eugenio María de Hostos, Antonio Molina León, Pachín Marín, Julio Henna y otros puertorriqueños que trabajaban por la independencia desde Nueva York. Aquí se ofrecen, desde esa óptica, perspectivas inéditas del talante personal de todos ellos, de la manera en que concebían el esfuerzo bélico y de las estrategias que favorecerían para llevarlo a buen término.

De particular interés —por reveladores de una historia escasamente conocida— son los pasajes alusivos a una proyectada invasión libertadora a Puerto Rico. En agosto de 1895, tras la muerte de Martí e iniciada ya la guerra de Cuba, se constituyó la Sección Puerto Rico del Partido

Revolucionario Cubano, cuya junta directiva estuvo compuesta por J.J. Henna, Juan de Mata Terreforte, Gumersindo Rivas, Manuel Besosa y Sotero Figueroa, grupo al que Antonio Farallón se refiere como «el Directorio» (cit. en Vega, cartapacio 4, no. de documento 1, nc 1, 147-149). A principios del año 1896, ese Directorio nombró como Jefe del Ejército Invasor de Puerto Rico al general Juan Rius Rivera, militar puertorriqueño que se había distinguido en la Guerra de los Diez Años de Cuba. Los planes incluían el desembarco por Mayagüez, la expropiación de los bienes de los españoles, el establecimiento de gobiernos municipales de carácter militar y la división de la Isla en dos regiones: Este y Oeste.

Rius Rivera viajó a Santo Domingo con dos miembros del Directorio, J. M. Terreforte y Gerardo Forrest, este último residente en Caracas, para ultimar los planes de la invasión, que incluían sondear la situación dentro de Puerto Rico con el fin de coordinar la acción bélica. Como resultó que las condiciones internas no eran propicias a la revolución, Rius Rivera se retiró del cargo. Hubo, además, desavenencias entre el Directorio y Forrest quien, al parecer, había hablado abiertamente en Santo Domingo de los planes de ataque, comprometiendo aún más la invasión al conceder una entrevista a la prensa a su regreso a Nueva York. Por ello se le separó del Directorio (cit. en Vega, cartapacio 4, no. de documento 1, nc 2, 178 y 182).

Otro contratiempo fue el hecho de que la invasión había contado inicialmente con la cooperación del entonces presidente dominicano Ulises Hereaux (Lilís), pero este le retiró el apoyo debido a un error de estrategia del Directorio que predispuso al mandatario dominicano contra la causa puertorriqueña: el nombramiento en 1897 del general dominicano Agustín Morales, líder del Partido Liberal Dominicano y

principal enemigo de Lilís, como jefe del ejército invasor. El manuscrito incluye al respecto un comentario atribuido al tabaquero Flor Baerga:

Este fue uno de los pasos más desgraciados y, tal vez, el más grave del Directorio, pues, ¿cómo era posible que se diera tanta ingerencia (sic.) a una persona extraña a quien ninguna de los presentes conocía, sin esperar siquiera la opinión de Betances? Tanto Henna, como los demás sabían que Morales era el jefe de la oposición a Lilís. ¿Cómo aceptaban a ese hombre en los momentos mismos en que habían despachado a Cárdenas a negociar ayuda con el presidente dominicano? (Vega, cartapacio 5, no. de documento 1, nc 1, 202)

Otro error del Directorio, según el manuscrito, fue prescindir de la cooperación de los tabaqueros y otros obreros puertorriqueños de Nueva York que habían sostenido económicamente el esfuerzo independentista:

En todo el tiempo transcurrido desde que se fundó la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, hasta la fecha cuyos acontecimientos describimos; es decir, casi dos años, el Directorio, a excepción de la primera que hemos descrito, no llamó ni una asamblea general de la emigración borinqueña. No hubo reuniones públicas de propaganda. No se daba información de ninguna clase. Todo lo hacían Henna y su grupo. No solamente estaban a oscuras los artesanos y los obreros, sino que el resto de la clase media tampoco sabía nada. Como se dice ahora en la jerga parlante de Harlem, aquellos hombres estaban más cerrados que un tubo de radio. No hubo manifiestos ni circulares. Todo el movimiento fue intramuros. (Vega, cartapacio 5, no. de documento 1, nc 1, 211)

Ante tales desaciertos, Farallón comenta: «Es difícil comprender cómo el Directorio pecaba de tanta candidez y de tan mal juicio político» (Vega, cartapacio 5, no. de documento 1, nc 1, 210). Frustrados ante la situación, un número de independentistas puertorriqueños se unió a la guerra en Cuba. El manuscrito incluye listas de nombres de los combatientes, muchos de los cuales murieron en el empeño. Según Farallón: «Los borinqueños, como creen que son pueblo sin historia, nunca trataron de hacer un esfuerzo para sacar del silencio y del olvido a tantos compatriotas que, al pelear por Cuba, confiaban estarlo haciendo por su patria también» (Vega, cartapacio 5, no. de documento 1, nc 1, 213).

Se describen aquí las gestiones desesperadas –y mal encaminadas– que hicieron Henna y otros puertorriqueños con el presidente McKinley tras la voladura del Maine en el puerto de La Habana. A pesar de ello, la invasión estadounidense a Puerto Rico y la adquisición de la Isla como resultado de la guerra se llevaron a cabo sin la participación de los puertorriqueños. El Directorio publicó un folleto en inglés protestando por la situación. Se titulaba «El caso de Puerto Rico». Aquí se cita un pasaje:

. . . la voz de Puerto Rico no ha sido oída. Ni siquiera como una formalidad se consultó a sus habitantes si tenían que pedir, objetar o sugerir alguna condición que tuviera referencia a su condición política presente o futura . . . La Isla con toda su gente fue traspasada de una soberanía a otra, en la misma forma que se traspasa una finca con todos sus aparejos de labranza, casas y animales, de un propietario a otro . . .

Así terminó», comenta Vega/Farallón, «la lucha independentista de Cuba y de Puerto Rico en el siglo XIX, y empezó

para nuestra Patria otra dolorosa ruta histórica en el mundo de los pueblos coloniales . . .» (cartapacio 5, no. de documento 1, nc 2, 236-237).

A partir de ese punto, el manuscrito se cierne sobre la colonia puertorriqueña en Nueva York después de la Guerra Hispanoamericana: «Cuando se extinguió el fragor de la lucha revolucionaria por la liberación de Cuba y Puerto Rico de las garras de España, la colonia de ambas islas residente aquí silenció por algún tiempo» (Vega, cartapacio 6, no. de documento 1, nc 1, 1). Bernardo Vega comenta los sucesos relevantes de un Nueva York puertorriqueño de clase obrera en vías de consolidarse como grupo para obtener influencia política y laboral en los ambientes estadounidenses. Advierte que

Después de la Guerra Hispano Americana, cuando se inició la segunda etapa de la vida borinqueña en esta ciudad, la nueva migración compuesta, en su mayoría, por obreros tabaqueros, la calidad de la obra hecha por los emigrantes del pasado siglo tuvo en ellos su prolongación. La brillantísima historia de los desterrados de la clase obrera pone de manifiesto que tampoco estos boricuas se sintieron inferiores a ningún otro ser humano. (cartapacio 1, no. de documento 1, nc 2, III)

Hay detalles de las organizaciones obreras a las que se unían los tabaqueros boricuas de Nueva York: «La Internacional», afiliada a la American Federation of Labor y «La Resistencia», de corte anarco-sindicalista, que agrupaba sobre todo a hispanos. Sus miembros no creían en la idea de nación, sino en «una gran patria sin fronteras», aunque colaboraban con cualquier actividad que redundara en beneficio del pueblo. Con los obreros de otras industrias, los tabaqueros también establecieron asociaciones como la Alianza

Obrera, el Ateneo Obrero y la Mutualista Obrera Puertorriqueña (cit. en Vega, cartapacio 6, no. de documento 1, nc 1, 1; cartapacio 8, no. de documento 1, nc 1, 72; cartapacio 9, no. de documento 1, nc 1, 114-116).

Los obreros boricuas de Nueva York se mantenían al tanto de lo que sucedía con sus congéneres en la Isla, apoyándolos en sus iniciativas y en sus huelgas. En 1899, un año tras el inicio de la dominación estadounidense, a la ciudad del norte acudió una comisión de la Federación Libre de Trabajadores compuesta por Santiago Iglesias y Eduardo Conde para participar en un congreso internacional en Rochester: «. . . la primera vez en la historia de Puerto Rico que una delegación obrera de esa Isla tomara parte en un congreso internacional». El contacto entre obreros de ambos lugares fue frecuente durante la primera mitad del siglo XX. En los años treinta los de Nueva York apoyaron entusiastamente las huelgas de los muelles y del azúcar que se llevaron a cabo en Puerto Rico. Se organizaron comités de ayuda a los huelguistas y hubo piquetes en los muelles de Brooklyn, particularmente frente al de la Porto Rico Steamship Co. «El acercamiento entre obreros y los dirigentes del Nacionalismo con motivo de esta situación huelgaria en la patria, dio calor y entusiasmo para una labor conjunta en favor de la independencia de la Isla» (Vega, cartapacio 10, no. de documento 2, nc 2, 216).

No siempre había sido así. El carácter anti-obrero de muchos independentistas los perjudicaba con la colonia neoyorquina, compuesta mayormente por la clase trabajadora (cit. en Vega, cartapacio 7, no. de documento 1, nc 2, 37). Después de la I Guerra Mundial, sin embargo, se fue desarrollando allí un movimiento nacionalista de fuerza creciente. En 1921 se estableció una Asociación Nacionalista bajo la «dirección espiritual» de Vicente Balbás Capó

(cit. en Vega, cartapacio 7, no. de documento 1, nc 2, 25). Hubo, sin embargo, un problema: en una reunión celebrada en septiembre de ese año en el Waldorf Astoria, los obreros asistentes fueron tildados de amigos de Santiago Iglesias y, por lo tanto, personas no gratas para quienes querían la independencia (Iglesias defendía las actuaciones del gobernador Montgomery «Moncho» Reilly en Puerto Rico, quien estuvo en el cargo hasta 1923; al año siguiente el Partido Socialista que dirigía Iglesias Pantín se uniría al Partido Republicano para pedir la incorporación a Estados Unidos como un estado de la Unión.) (cit. en Vega, cartapacio 7, no. de documento 1, nc 3, 45).

Sucesora de la Asociación, en 1926 se fundó la Junta Nacionalista Puertorriqueña, presidida por Alfonso R. Quiñones. Tuvo una vida cultural muy activa: entre otras actividades, conmemoraba anualmente efemérides como la revolución de Lares y el aniversario de muerte de José de Diego, invitando como oradores a figuras importantes de la Isla (cit. en Vega, cartapacio 8, no. de documento 1, nc 2, 111).

Los disturbios de 1936 en la Universidad de Puerto Rico y sus secuelas —el asesinato del coronel Francis Riggs por los nacionalistas Elías Beauchamp e Hiram Rosado, seguido por el doble asesinato de estos por la policía y luego el juicio celebrado a Albizu Campos y al liderato del Partido Nacionalista en el Tribunal Federal de Puerto Rico— provocaron reacciones airadas en la comunidad boricua de Nueva York. Hubo mítines de protesta, se enviaron telegramas al presidente Roosevelt y al Congreso exigiendo la libertad de los presos y se convocó a un Congreso Pro Convención Constituyente de la República Puertorriqueña al cual asistieron 51 delegados de 23 asociaciones puertorriqueñas de la ciudad.

La colonia puertorriqueña de Nueva York, incluyendo aún a muchas personas que no participaban con las tácticas e ideas de los nacionalistas borinqueños, se llenó de ira por los procedimientos del gobierno yanqui en la Isla. La protesta surgió espontánea en todos los vecindarios . . . siguieron asambleas, mítines públicos en las calles y la voz de «somos puertorriqueños antes que nada» se esparció por todos los hogares y por todos los ámbitos de nuestros barrios. A la Junta Nacionalista de Nueva York se unieron en todas las demostraciones casi todas las agrupaciones borinqueñas que había en esa época en la ciudad, especialmente los obreros. (Vega, cartapacio 10, no. de documento 1, nc 2, 222-224)

No muchos puertorriqueños de Nueva York, por otra parte, se habían interesado por participar en la política local de la ciudad. A principios del siglo XX, cuando aún estaba en formación la comunidad, muchos se sentían ajenos al entorno, considerando su estadía allí «como cosa temporera . . .» (Vega, cartapacio 9, no. de documento 1, nc 1, 116) Pendientes de lo que sucedía en la Isla, respondían a los desastres que la afectaban, fueran terremotos, huracanes o disturbios políticos. No fue hasta la segunda década del siglo que un número de boricuas se registró para votar durante la campaña electoral de Alfred Smith para gobernador del estado y no fue hasta 1922 que Joaquín Colón organizó en Brooklyn el Puerto Rican Democratic Club con un grupo de puertorriqueños (cit. en Colón López 89-90).

Los primeros políticos estadounidenses (ambos de ascendencia italiana) que organizaron a los votantes puertorriqueños fueron Fiorello La Guardia y Vito Marcantonio. La aparición del último en el panorama político de la ciudad tuvo el efecto de unir a los boricuas en torno a un líder que defendió sus derechos y llevó sus aspiraciones hasta el Con-

greso nacional. Representante en ese cuerpo en seis ocasiones –1934, 1940, 1942, 1944, 1946 y 1948– por el distrito de East Harlem (donde vivían los italianos y los puertorriqueños), Marcantonio era de convicciones socialistas, campeón de los obreros, de los pobres y de los inmigrantes. Su impacto sobre los boricuas fue inmenso: los organizó, los defendió y se hizo portavoz de sus causas, tanto en la Diáspora como en la Isla, trabajando hombro a hombro con Gilberto Concepción de Gracia en el Barrio. Abogados ambos, colaboraron en la apelación de la sentencia que condenó a prisión a Pedro Albizu Campos y al liderato del Partido Nacionalista en el juicio celebrado contra ellos en 1936 en el Tribunal Federal en Puerto Rico. En cinco ocasiones, Marcantonio introdujo en el Congreso proyectos para que a los puertorriqueños se les concediera la independencia. «Puerto Rico es la víctima más trágica del imperialismo norteamericano» (Meyer 129), dijo ante ese cuerpo.

«La familia Farallón» abunda también en noticias de la vida cultural de la comunidad, destacando no solo las visitas a la ciudad de puertorriqueños ilustres (el escritor Nemesio Canales; el pianista Sanromá; el conjunto musical de los hermanos Figueroa; la soprano Olga Iglesias; las escritoras Martha Lomar y «Julita» de Burgos, entre muchos otros), sino las de personalidades importantes del mundo hispánico (los españoles Vicente Blasco Ibañez, Federico García Lorca, Pablo Casals pasaron por Nueva York durante la segunda y tercera décadas del siglo XX, así como también lo hizo el mexicano Amado Nervo en 1918). La cultura hispánica adquirió en ese momento un gran auge en Estados Unidos, especialmente en Nueva York, con el establecimiento de instituciones como la Hispanic Society of America (1904) y el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia (1920). A partir de la década de los veinte, el Departamento

Hispanico de esa universidad, dirigido por el profesor español Federico de Onís, atrajo a numerosas figuras culturales españolas y latinoamericanas a la ciudad.

A la par que Vega celebra en su manuscrito las condiciones y logros de los boricuas en la ciudad, también da cuenta del creciente prejuicio en su contra, cuyos efectos iban desde negarles trabajo u hospedaje hasta sacarlos violentamente de sus apartamentos. Eran los migrantes más recientes, «invasores» en territorios ocupados por judíos, irlandeses, italianos y otros grupos étnicos y nacionales. Su carencia de una «nacionalidad definitiva» complicaba las cosas, según el tabaquero, al igual que las complicaba su tolerancia hacia las diferencias raciales, algo que no entendían los estadounidenses.

En 1940, en vísperas del inicio de la «gran migración» puertorriqueña a Estados Unidos, la revista *Scribner's Commentator* publicó un artículo enormemente despectivo: «Welcome Paupers and Crime. Puerto Rico's Shocking Gift to the U.S.» que exacerbó la atmósfera adversa en torno a los puertorriqueños, a quienes se les achacaban crímenes cometidos por otros grupos minoritarios (cit. en Vega, cartapacio 11, no. de documento 1, nc 2, 262). Empezó así el llamado «Puerto Rican Problem», una campaña mediática contra los boricuas que se intensificó al aumentar sus números. Periódicos como el *New York World Telegram* tomaron parte activa en la campaña e inclusive *The New York Times* contribuyó a ella publicando en 1944 un artículo condescendiente sobre la supuesta incapacidad de los puertorriqueños para establecer una sociedad próspera y satisfactoria: «Puerto Rico: Case to be Heard». Luisa Quintero, considerada la estrella del periodismo puertorriqueño en Nueva York por defender a sus compatriotas continuamente desde las páginas de *La Prensa*, protestó enérgicamente, exponiendo lo nocivo del régimen colonial estadounidense para el desarrollo de la Isla.

Ante tantas campañas difamatorias y tanto hablar del «Puerto Rican Problem», Bernardo Vega sintió la necesidad de aclarar algunas circunstancias de sus compatriotas en la ciudad. Publicó tres fragmentos de su manuscrito en *La Prensa* el 12, 17 y 26 de junio 1955, explicando que:

Frecuentemente se publican en los periódicos notas y reseñas sobre asuntos boricuas del pasado las cuales no se ajustan a la verdad y llenan de confusión a los lectores. Con fines puramente aclaratorios nos proponemos dar a conocer algunos datos pertinentes sobre el asunto, absolutamente exactos, tomados de nuestra obra inédita *La familia Farallón, o un siglo de vida puertorriqueña en Nueva York*. (Pont 59)

Los fragmentos describen la solidaridad de la emigración obrera puertorriqueña desde principios del siglo XX, además de la intensa actividad cultural que se llevaba a cabo en los talleres de tabaco, con el consiguiente aprecio de la educación, posición que reflejaba el credo anarquista al que se suscribió siempre el autor. Apuntan hacia un legado histórico que abarcaba también la relación de los puertorriqueños con otros migrantes, especialmente los judíos (un personaje importante del manuscrito, eliminado por César Andreu Iglesias, era el profesor judío Jacobo Bressman, amigo íntimo de Bernardo Farallón y maestro de sus hijos). El tercer fragmento destaca la figura de Antonio Molina León (1849-1921), el tipógrafo que fue amigo y secretario de Hostos, como un caso ejemplar –para los nuevos migrantes– de un prócer puertorriqueño avanzado en su pensamiento, defensor de los artesanos y de la independencia de la Isla. Estos artículos de Bernardo Vega en la prensa constituyeron una respuesta a las difamaciones persistentes que conformaron una idea degradante de los puertorriqueños, vigente hasta el día de hoy.

## CONCLUSIÓN

La reciente publicación en línea del manuscrito original de Bernardo Vega ha enfocado la atención sobre su autor. *La familia Farallón* es una gran contribución a la historia puertorriqueña, tanto de la Isla como de las comunidades asentadas en Estados Unidos. Gran parte de lo que sucedió en las Antillas a finales del siglo XIX—sobre todo la lucha por alcanzar la independencia de España— tuvo su génesis e impulso en la ciudad de Nueva York. Las comunicaciones entre comunidades diversas (cubanos y puertorriqueños; isleños y emigrados, obreros y patricios), las influencias recíprocas y las iniciativas de uno u otro lado unieron a todos los grupos en el esfuerzo bélico. El manuscrito de Bernardo Vega refleja tales intercambios e interacciones.

*La familia Farallón* es también una pieza fundacional de la literatura escrita por puertorriqueños en Estados Unidos. El texto refleja un momento inicial de la migración a ese país y sienta precedentes —en su tono coloquial, en su énfasis testimonial, en su afirmación del valor y empuje de una comunidad desplazada— para la literatura allí producida posteriormente por los boricuas. Aunque Vega fue un lector prolífico, poseedor de una amplia cultura literaria, era —al final— autodidacta, y en su escrito asumió mayormente (con lapsos ocasionales hacia un formalismo que resulta incongruente, pero ciertamente entrañable) un estilo informal que remeda los énfasis y los giros idiomáticos del habla de los puertorriqueños, incluyendo algunas modificaciones que el contacto cercano con el inglés introdujo en esta.

En mayor o menor medida, los escritores puertorriqueños de Estados Unidos han querido hacerse visibles dejando constancia de sus experiencias en novelas, cuentos, poemas, autobiografías, crónicas y ensayos. Desde —precisamente—

Bernardo Vega hasta Mariposa (María Teresa Fernández), pasando por Pedro Pietri, Piri Thomas, Edward Rivera, Esmeralda Santiago, Martín Espada y Abraham Rodríguez Jr., su impulso primordial ha sido describir las condiciones de una presencia, de un entorno y de unas prácticas que no tienen paralelo en la literatura de la Isla. El hallazgo del manuscrito «perdido» de Bernardo Vega provee un fundamento literario importante para lo que ha venido después.

El entorno boricua neoyorquino no ha tenido hasta hace algunos años mucha resonancia en los estudios académicos de la Isla; mucho menos la ha tenido la literatura que surgió del seno de esa comunidad. La situación podría deberse en parte a que la producción cultural puertorriqueña en Estados Unidos fue generada mayormente por la clase proletaria. Se ancla, pues, en un mundo cultural alterno, mayormente ignorado, hasta mediados del siglo XX, por los intelectuales y estudiosos de la Isla, deseosos —particularmente desde el cambio de soberanía— de defender un sentido de nación que consideraban amenazado por una cultura e idioma diferentes. Erigieron entonces barreras intelectuales y artísticas a la americanización, afirmando la inviolabilidad y singularidad de una tradición que, desde su perspectiva, apuntalaba la nación. Escritores como Luis Lloréns Torres, José de Diego y Antonio S. Pedreira, entre otros, definieron los parámetros canónicos de nuestra literatura.

A su lado, sin embargo, existía en la Isla misma una literatura obrera que ni entonces ni ahora ha entrado en el canon, cuyas condiciones de producción la hermanaron con la de los boricuas de Estados Unidos en cuanto a un punto común de partida que, sin embargo, no necesariamente implicó un desarrollo paralelo. Existen grandes diferencias entre ambas literaturas, empezando por el idioma y siguiendo por marcadas divergencias en su desarrollo. De todas formas,

ambas –cada cual a su manera– han incorporado perspectivas y temas más amplios que la literatura canónica de la Isla. El hecho mismo, en el caso de la literatura de la Diáspora, de haberse escrito en un contexto extra-insular de amplias posibilidades referenciales, tanto literarias como vivenciales, la ha llevado a rebasar la tradición literaria puramente hispánica. Las prácticas de lectura y los modelos textuales que dieron pie a la literatura obrera también la rebasaba. En ambos casos, no son solo más diversos los modelos y las referencias sino también son más laxos los parámetros estilísticos, con menos énfasis sobre la corrección lingüística y, sobre todo, sobre la ultracorrección que en los años iniciales del siglo XX caracterizó la literatura insular.

La nación y su defensa, además, tema, tópico y motivo central de gran parte de esta última literatura, desaparecen en las otras dos modalidades, en las que priman las relaciones de clase: el jíbaro tradicional le cede la primacía al obrero progresista. Tal vez por ello ha resultado difícil situar esas dos literaturas dentro del espectro literario convencional puertorriqueño.

Sea como fuere, el manuscrito de Bernardo Vega que ahora podemos leer nos permite re-enfocar los supuestos no solo literarios, sino también los ampliamente culturales de nuestra comunidad nacional. Al abrir una ventana directa a un período y a un entorno poco conocidos de lo puertorriqueño, nos permite calibrar no solo lo similar, sino también las estrategias de absorción de lo foráneo puestas en práctica por aquella comunidad. Podemos observar las nuevas formas de afirmar la nacionalidad por parte de los puertorriqueños que se encontraban en un medio extraño, incluso adverso. Bernardo Vega nos ha dejado un testimonio invaluable de sí mismo y de su tiempo. De ahora en adelante tendremos que reconocer el mundo que nos describe como parte de nuestra

historia y la manera en que lo hace como una modalidad ineludible de nuestra literatura.

### OBRAS CITADAS

- Caamaño Dones, Josué. «Cronología de Bernardo Vega en Nueva York y su regreso a Puerto Rico (1916-2021)». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19455>].
- Colón López, Joaquín. *Pioneros puertorriqueños en Nueva York 1917-1947*. Arte Público Press, 2002, pp. 89-90.
- Luque, María D. «Bernardo Vega: Tabaquero ilustrado, 1885-1916». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021, pp. 17-51. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19452>].
- Meyer, Gerald J. *La colaboración de Albizu Campos, Gilberto Concepción de Gracia y Vito Marcantonio en la cruzada por la independencia de Puerto Rico*. Traducido por Cordelia Buitrago Díaz en José L. Colón González, *Gilberto Concepción de Gracia. Líder de la libertad, escudero de la patria*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, 2021, p. 129.
- Pont, Carmen Ana. «“La familia Farallón”: un siglo de vida puertorriqueña en Nueva York». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021, p. 56. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19401>].
- Vega, Bernardo. «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 1, no. de documento 1». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado

- en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19401>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 3, no. de documento 1, nc 3». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021, p. 120. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19406>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 4, no. de documento 1, nc 1 y 2». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19407>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 5, no. de documento 1, nc 1 y 2». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19408>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 6, no. de documento 1, nc 1». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19409>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 7, no. de documento 1, nc 2 y 3». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19410>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 8, no. de documento 1, nc 1 y 2». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19411>].

- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 9, no. de documento 1, nc 1». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19412>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 10, no. de documento 1, nc 2». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19414>].
- . «Manuscrito “La familia Farallón”, cartapacio 11, no. de documento 1, nc 2». *Op. Cit. Revista del centro de investigaciones históricas*, no. 25, 2021. [Consultado en línea en <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/article/view/19415>].